

del singular, propia del animal, la percepción de lo universal.

Aquí hablo según el sentido común que probablemente excitará desdén profundo en los maestros de la filosofía. Desdeñad, señores, desdeñad á vuestro antojo. Yo, yo soy del pueblo: popular en mis gustos, popular en mis sentimientos, popular en mi filosofía. Yo abandono á los filósofos que no pueden vivir fuera de las cuatro paredes de un Instituto. No es con esto con lo que movereis el mundo. ¡Se os dejará filosofar, hermosos hijos de Academicus! Se os dejará pasear en apacibles jardines, cuidando que el choque de un guijarro no distraiga vuestras imaginaciones de ultra tumba. Pero el pueblo, armado de su razón vigorosa se alejará de vosotros para reconocer un principio que explique los orígenes y una ley de evolución que explique sus progresos. Os abandonará á vuestro diletantismo y su poderosa voz dará á la historia nuevas y grandes páginas.

Y si por casualidad, lo llegaseis á persuadir de que su razón no es sino un sueño, de que el mundo no es sino una inmensa comedia, de que la conciencia no es sino una vana palabra, entonces se entregará á juegos sangrientos. Tomará en vuestros laboratorios los secretos prácticos que vuestra ciencia haya podido descubrir y armado con su terrible hallazgo, sembrará el espanto no sólo en un cuartel, haciendo saltar una casa del bulevar de San Germán, sino el pánico en las ciudades, en los Estados, en los Parlamentos, en las Repúblicas y en las más sólidas Monarquías!

Esta doctrina no sólo se extiende á desnaturalizar y falsear el principio original y la ley de evolución de las cosas, si que también suprime la finalidad. ¿Cómo podrán sus partidarios persuadir á la razón sana y sin doblez, á

esta gran fazón francesa que procede de las más elevadas inspiraciones de los Griegos depuradas por el Evangelio, ¿cómo podrán persuadirla de que el movimiento que impulsa á los seres cada vez más hacia arriba y que los constituye en jerarquía siempre creciente no tiene fin? ¿Sabeis, Señores, lo que significa ir hacia un fin? Es ir hacia fuera de sí. Más, ¿cómo ir fuera de uno sin ser atraído? Se ha hablado de un esfuerzo, de un *Nisus* interior que impulsa á las cosas: vano subterfugio; este esfuerzo supone necesariamente alguna cosa. No se tiende hacia la nada.

Sé, y os lo voy á decir, por qué vosotros no quereis á la finalidad.

Es posible engañar á los espíritus ingenuos, concediéndoles la existencia de un principio inmanente, aunque quede aún por investigar cómo, este principio, entra en actividad. Pero admitir la finalidad trae consecuencias que el ateísmo teme. Si hay un fin en la solución del universo, este fin está, forzosamente, fuera del universo y desde luego es transcendente á todo lo que es. De allí á reconocer á Dios en su noción la más elevada, como fin universal, media solo un paso. No quereis franquearlo, evolucionistas ateos, y suprimís en vuestras teorías á la finalidad porque ella os conduciría hacia Dios.

Pero, Señores, no se suprime al sér pensador ni las leyes esenciales que le rigen. Por eso me he admirado siempre de ver á estos sofistas consagrar su talento á chocar contra estas leyes, y á lanzar una especie de desafío á la razón y á la conciencia humanas.

¿Qué provecho sacan de ello? ¿Es una apuesta? Tal vez en ello deban verse las singularidades propias de ciertos hombres que se jactan de superioridad y que se imaginan que el talento consiste en salir de las vías comunes seguidas por el buen sentido y por la razón eterna. ¿No sería

más grandioso respetar á la naturaleza, en lugar de ultrajarla propagando la filosofía neurótica de los diletantis? Evidentemente, la multitud no la comprende; pero á pesar de ello puede aceptar vuestras conclusiones.

No quiero por cierto, atemorizar á los que entran en la vía en la que el error puede llegar á ser homicida; es preciso, sin embargo, preveer las consecuencias.

En cuanto á nosotros permaneceremos firmes en esta doctrina de la finalidad. Y de igual modo que decimos que el universo tiene un principio transcendente, que es Dios,—transcendente, es decir que contiene eminentemente todas las finalidades que la creación nos presente—así también reconocemos un legislador que es la ley viva de la evolución progresiva universal; un legislador que, interviniendo en la materia, en el origen desde luego, produce el movimiento; después en la materia en movimiento produce la vida: y cuando la vida está en condiciones determinadas, produce la animalidad en virtud de una operación que no podemos palpar, por la transmisión de las fuerzas de un sér á otro sér.

Y decimos, con Aristóteles, que todos los seres están en el deseo del bien universal, en otros términos, en el deseo de Dios, suspendidos á Él por una atracción irresistible.

Mantenemos así á Dios en la razón, como en una fortaleza inexpugnable, en donde está guardado por los principios inmutables de casualidad y de finalidad.

Libraos, evolucionistas, de desconocer la razón eterna, para seguir la razón de hoy en día, la razón variable, que aún no era ayer y que no será mañana.

Pero, Señores, si esta doctrina de la evolución que pretende echar á Dios fuera del universo y por consiguiente de la humanidad de Jesucristo, tiene en contra suya á la razón universal, ¿qué puede valer la negación que se apo-

ya sobre ella? ¿No tengo, pues, el derecho de llamarla una negación irracional y de repudiarla en nombre de la razón?

Ahora bien, Señores, todo lo que tiene contra sí á la razón verdadera está fatalmente destinado á hundirse y á desaparecer. Por consiguiente; todos esos vanos sistemas, que por negar la divinidad de Jesucristo, están en pugna abierta con la razón, tal cual la hemos descrito, debe esperarse su desaparición. Su boga momentánea será por una hora; cesarán como han comenzado y del mismo modo que no tienen un pasado no podrán tampoco prometerse un porvenir.

He allí por qué, Señores, á pesar del talento de los hombres que lo defienden, á pesar de su número, á pesar de su poder sobre la opinión, podemos vivir tranquilos por la suerte de la causa que atacan: sus armas son de un acero mal templado; caerán por sí solas de sus manos desfallecidas.

Os preguntareis, sin duda, Señores, cómo una doctrina tan netamente irracional ha podido seducir la opinión, hasta el grado de haber llegado á ser uno de los sistemas de mayor crédito. ¡Oh! el crédito es cosa fugitiva y se explica fácilmente en los hombres y en sus doctrinas, por el arte con el cual saben lisonjear el carácter y las preocupaciones de su tiempo.

Una de las necesidades que atormentan á casi todos los espíritus, en nuestra época, es reunir en la síntesis los descubrimientos, multiplicados día á día, de la ciencia. Ahora, la doctrina evolucionista tiene la pretensión de responder á esta tendencia general, y la de referir el universo á la unidad por la ley del transformismo universal.

Las observaciones sagaces que nos han permitido sorprender la potencia de variabilidad de los seres que creíamos estables y fijos, el arte con el cual la ciencia ha sabi-

do modificarlos, amasarlos y amoldarlos á su voluntad, han impulsado ciertos espíritus ardientes á no ver ya en la evolución del universo sino un vasto transformismo. Esta hipótesis es el fondo, la idea maestra de la doctrina evolucionista; su magnitud y su novedad explican suficientemente por qué muchos espíritus están imbuídos en ella y el motivo por el que la juventud letrada, pues todo Mesías tiene sus profetas y sus discípulos, hable de la evolución como de un Mesías transformador de la naturaleza.

Y además, nos es necesario verlo todo. Nuestra edad, deslumbrada por la clara luz de la ciencia, tiene la repulsión de lo invisible, tiene temor. Cuando se le habla de lo invisible, vuelve la cabeza, como si surgiera allí, cerca de él, en un dominio impenetrable, una realidad que le espantara. Y en la doctrina evolucionista ya no existe invisible; ha suprimido lo trascendente en el origen, en el medio y en el fin de las cosas. La inmensidad está vacía y muda. El Dios personal y vivo ha cedido su lugar á la fuerza inconyente, ciega, fatal, que ni habla ni oye.

Aún hay más, Señores, un gran número de almas, hoy, están poseídas del disgusto de Dios. Dios ha sido desfigurado y achicado de tal modo algunas veces por aquellos mismos que le sirven; se ha hecho un Dios de tal manera insuficiente, reducido á proporciones tan miserablemente humanas, tan indignas de lo infinito, que muchos, escandalizados é indignados, se han separado de él y le han tomado repugnancia.

—“No me habéis de Dios, dicen; ¡dejadme! Vuestro Dios es un sér inicuo, permite todas las catástrofes humanas. Es un sér inexorable que nos toma á nuestros hijos y á nuestras hijas, que sólo abre tumbas delante de nosotros. Ha creado un universo en el que la suprema, la pri-

mera ley es la lucha por la existencia, en el cual todos se devoran unos á otros; los débiles se debaten en contra de los fuertes y naturalmente los débiles caen víctimas de los fuertes. Si es este vuestro Dios prefiero que no exista y me honro con ser ateo”

Esto es lo que se lee en los libros de los filósofos, esto es lo que cantan los poetas en versos plagados de blasfemias contra ese Dios, que subleva nuestra razón, insulta nuestra bondad y se mofa de nuestra justicia.

Pues bien! la doctrina evolucionista nos liberta de semejante Dios. Ella nos dice: Joven, el verdadero cielo está en tí, en el ideal que sueñas! ¡Tú, mujer, cuyo corazón no puede soportar la idea de un Dios trágico, consuélate! Los cielos están vacíos; no existe en la inmensidad sino un solo sér consciente: el hombre. Es el único, el verdadero Dios, pero un Dios que se ha hecho; crece poco á poco y á medida que la conciencia de la humanidad se eleva; cuando la obra se haya completado, la inteligencia entera, el Dios estará acabado; y entonces tú, sér humano, tú serás el amo de la materia universal, le dictarás tus órdenes y ellas serán obedecidas siempre; tú serás el Dios del porvenir.

Con tales delirios, con tales locuras ambiciosas, es con las que el hombre exaltado se deja seducir á los falaces espejismos de la doctrina evolucionista. Olvida, que aún cuando llegase á ser amo de la naturaleza, siempre Dios permanecería siendo su amo, y el amo de las fuerzas mas, y de las potencias corruptoras que lo agitan y para las que la ciencia más avanzada no ha encontrado aun ni el freno ni el remedio.

Mi conclusión se resume así, Señores: diversas negaciones se han producido en el curso de los siglos contra la divinidad de Jesucristo, entre las cuales la negación atea

de nuestro tiempo ocupa el último lugar. ¿Y qué ha llegado á ser?

La negación judaica ha sido cubierta y rechazada por la gran afirmación y por la adoración de la divinidad de Jesucristo. La negación gnóstica, bajo su forma original, le ha perdido, desvanecida con todas las sutilidades del Oriente, que no es ya, y hasta que Japhet el Occidental so despierte, sino una tierra muerta, desolada. La negación musulmana vive aún; sin embargo, notadlo, se ha retirado del mundo europeo á países que no ha abordado aún la civilización cristiana, pero que va á conquistar en el nombre de Jesucristo, hijo de Dios. La lucha está próxima. La negación sociniana se pierde en las variaciones sin fin de las doctrinas protestantes. La negación deísta ha envejecido y bien envejecido. Todas las negaciones se van, unas tras otras, y quedan enterradas en la fosa común donde caen sin honor y cada uno á su vez, aquellos que niegan á Jesucristo.

En cuanto á los denegadores actuales, que me permitan el decírselo, seguirán á sus antecesores; el camino permanece abierto. Puedo ser profeta: supuesto que se inspiran en el mismo espíritu, entrarán en la misma vía. Y esta es la realización fatal de la palabra dicha á Juliano, según una tradición que ha expresado muy bien la eterna verdad: "¿Qué es lo que haces Galileo?—Preparo tu sepulcro."

Esta negación irá á reunirse con las otras. Todo lo que es humano pasa. Y me complazco en hacerlo patente hoy; para atacar á Jesucristo es necesario atacar á la razón eterna del hombre. Y cuando una doctrina queda reducida á destruir la razón, para poder alcanzar la divinidad de Aquel ante el cual estamos de rodillas, ha pronunciado su propia condenación.

La razón no es destructible: es eterna como la esencia

de todo. Nada se destruye, nada se pierde. Los denegadores pueden tener una boga efímera. Nosotros tenemos confianza en el Cristo. Ha hecho alianza, una alianza eterna, indisoluble con la gran naturaleza humana, á quien ha desposado, según el enérgico lenguaje del Evangelio.

Gracias, ¡oh Maestro! por haber desposado la razón eterna contra la que nada puede prevalecer. Gracias, por haberos hecho el aliado inseparable del hombre; los individuos podrán traicionarte; la humanidad te permanecerá fiel. Fuertes con tu fuerza, venceremos á todos aquellos que para negarte están obligados á renunciar á lo que hay más grande, más santo y mejor en la humanidad. Pues lo que hay más grande es la razón humana, lo más santo es la virtud que se sacrifica, lo mejor es Dios á quien el hombre lleva vivo en sí, el Dios en el cual la razón y la conciencia encuentran su garantía permanente y su eterna justificación.

